

REFLEXIONES AL MARGEN DE LA POLÍTICA

Milton Benítez T.

1.- La revolución y la política.



La revolución y la política parecen ser lo mismo, formas de la acción humana que producen y reproducen el mundo de la existencia social de los hombres. Pero es esto solo una apariencia. En efecto, desde el punto de vista de la reflexión teórica, revolución y política designan campos de la existencia completamente distintos. El uno hace relación al ser fluido de la existencia que se resuelve en el plano de la vida como presencia de lo nuevo, aquello que sucede bajo la forma de nacimiento. El otro, en cambio, hace relación a la existencia normada, solidificada, fijada, dominada por las objetivaciones que se abren al mundo de la vida como poder en el interior del orden social.

En el interior de estos campos (metamorfosis de lo social en el devenir histórico), el hombre concreto, aquél que transita por la vida como un particular marcado por las condiciones de su existencia: (mujer, niño, joven, adulto, anciano, blanco, negro, indio, mestizo, sabio, ignorante, burgués, proletario, honrado, ladrón, alegre, taciturno, melancólico...), es decir el conjunto general de las existencias individuales que componen una sociedad determinada, se presentan, más allá de sus diferencias específicas, como ser para el orden, en el caso de la política, y como ser para la vida en el caso de la revolución.

Campos de la existencia no solo distintos en relación al modo de ser de lo social como unidad en el tiempo global de la sociedad, sino también opuestos en cuanto al sentido de realidad en el interior del cual se estructuran.

Pero se presentan como si fueran lo mismo. O parte de lo mismo.

Es producto ello del factor de encantamiento que pone en movimiento la ideología orgánica para asegurarse de ese modo la reproducción del orden social existente. Se trata en efecto del modo cómo la ideología controla el pensamiento de las personas en el interior del juego del rostro y la máscara, del ser y de su existencia.

Hay en cuanto a esto una idea central que ilumina la reflexión de la existencia de los hombres y su conexión con la historia. Se trata de la comprensión de la vida general en el interior de la unidad día-noche.

El hombre, antes de ser cualquier cosa, antes de ser individuo que se abre al mundo de la existencia social de un modo determinado, antes de ser persona real y concreta que se conecta de un modo específico con la historia, es cuerpo que se resuelve en el plano de la existencia de dos modos distintos: 1) como ser erguido, parado firmemente sobre sus pies, la vista y las manos libres, y, 2) como ser yacente, recostado sobre cuerpo, liberado de la fatiga y de preocupación. Lo uno corresponde al día, lo otro a la noche.

En el día el hombre resuelve su existencia como ser para el trabajo y la guerra. Por ello la vista y las manos libres. Trabajo como acción creadora de su ser material ya sea como trabajo propiamente dicho, acción enajenada productora de objetos, de mercancías, o como labor en tanto que acción productora de bienes en los que afirma su soberanía frente al mundo de las cosas... Guerra como ejercicio de la fuerza sistemática que se desarrolla con atención a una estrategia, sea en el enfrentamiento con la naturaleza o en el enfrentamiento con los demás hombres... Guerra en el campo de las tensiones múltiples que sostienen la vida como afirmación en la existencia diaria.

A diferencia del día, en cambio, en la noche el hombre resuelve su existencia como ser para el sueño, el amor y la muerte. Sueño no en el sentido freudiano del dormir, sino

como momento de liberación del inconsciente que encuentra la posibilidad de escapar del dominio de la realidad atormentadora... Amor no en la acepción bernardiana que captura el contenido del deseo en el campo de la metafísica del alma sino como momento de la reconciliación de los hombres consigo mismo y con los demás hombres... Muerte no en el sentido cristiano vulgar de fin de la existencia terrenal del hombre que transita con su vida por el siempre torturante valle de lágrimas, sino más bien como apertura radical hacia lo nuevo más allá de las determinaciones de lo establecido.

Día entonces como espacio de la existencia en el que el hombre se resuelve como ser para los otros... Noche como espacio de la existencia en el que se resuelve como ser para sí mismo. Día como espacio de los valores de socialidad en los que es ser para los demás... Noche como espacio de los valores de intimidad en los que es ser para sí mismo. Día como espacio de la existencia iluminado por la luz de Apolo, que es razón y autoridad... Noche como espacio de la existencia iluminado por la luz de Dioniso, que es fiesta y bacanal. Día como espacio de la existencia contenida, fijada en el mundo de las presencias solidificadas... Noche como espacio de apertura del ser hacia lo fluido de la existencia donde se resuelve como ser de imaginación, de ensoñación, de deseo. Día como espacio de lo positivo, aquello que se muestra como dictadura de la realidad que sujeta y delimita, fija y define... Noche como espacio de lo negativo, aquello que existe como provocación y promesa al mismo tiempo y que abre la existencia hacia lo distante y lejano. Día como espacio de la abstracción y del dinero que sostienen y reproducen el mundo de la explotación, del dominio, de la subyugación del hombre en la relación con el mundo de las objetivaciones enajenadas y enajenantes: (el dinero, el capital, el mercado, la familia, la moral, el derecho, la lógica, la razón)... Noche como espacio de la emoción, del sentimiento, de la voluntad y del acto liberador que la lógica, la razón, la moral, el derecho buscan someter y controlar. Lo uno corresponde a la política, lo otro a la revolución.

Herederos de la cultura occidental que valora el trabajo y la guerra por encima de todo pensamos la existencia desde la iluminación de la realidad que nos viene de la existencia como día. De ese modo perdemos la noche. Y al perder la noche perdemos la imaginación, la ensoñación, el deseo. En la pérdida de la noche de la existencia nos volvemos realistas, positivamente realistas, súbditos de la realidad que se levanta como dictadura. De ese modo nos volvemos políticos. De ese modo nos volvemos seres para el orden.

En la constelación de las palabras expulsadas del mundo de la vida por efecto de la presión del orden de la realidad que se levanta como dictadura encontramos construcciones de sentido que claman por la recuperación de aquello que la tradición positiva ha malogrado. Mirando el cielo estrellado de Matagalpa, uno de los cielos más hermosos por su profundidad y cercanía, Ernesto Cardenal, sacerdote-poeta de la revolución dice ante la multitud congregada: "El hombre moderno está perdido porque le ha sido

arrebatada la noche... La noche que se abre al infinito, más allá de las cosas dadas... La noche que hace posible la reconciliación entre los hombres”.

Así, pues, en la política, esa dimensión de la existencia del hombre que transita por la vida como ser realista, anclado en un espacio histórico social dominado por las objetivaciones que sostienen el orden: el dinero, el capital, el mercado, la familia, la razón, la lógica, la moral, el derecho, el pensamiento positivo (única forma de ser realista), la vida no es otra cosa que el relato de la existencia de los hombres en la iluminación que surge del poder.

En la revolución, por el contrario, en ese espacio de la existencia que contraría el mundo de lo dado, de lo establecido, de lo normado, del ser contenido, sometido a la explotación, al dominio, a la subyugación, espacio de la imaginación creadora, de la ensoñación y del deseo, la vida no es otra cosa que el argumento aun no relatado de aquello que está por nacer y se anuncia con la fuerza de un parto.

No es lo mismo lo uno y lo otro, pero se presentan como si fueran lo mismo. O parte de lo mismo.

En el interior de la ideología orgánica, espacio del poder que se abre hacia la vida de las personas como sentido común, el encantamiento que da forma y contenido al mundo de la apariencia se presenta bajo la forma de una ecuación (visión positivista de la realidad) donde revolución y política dan la impresión de que fueran haz y envés de una misma hoja. La derecha orgánica, independientemente del ángulo filosófico desde donde piense la realidad, sostiene que la política, y no la revolución, constituye lo esencial del ser social. Es la metáfora aristotélica del hombre como animal político. Cualquier acontecimiento por medio del cual el poder se reconstruye en atención a las circunstancias que atraviesan el orden (circunstancias por lo demás siempre cambiantes), se muestra como revolucionario. La revolución al servicio de la política. Revolucionario es así, en su nivel más reiterado, las prácticas de remozamiento del poder. La revolución deja de ser sustantivo para convertirse en adjetivo. La izquierda, establecida también en ese mismo territorio del mundo de la apariencia ideológica dice en cambio que el ser que se abre paso por medio de la política es la revolución. Quien piensa con atención a lo primero defiende su existencia en el interior del orden. Quien dice lo segundo defiende el orden en el interior de la existencia. Quien piensa con atención a lo primero lo hace en el interior de un espacio de sentido que lleva como signo el cinismo. Quien piensa con atención a lo segundo lo hace en el interior de un espacio de significación que lleva como sentido la quimera.

Mirando desde fuera del espacio de la ideología orgánica que pone en movimiento el poder se puede observar sin embargo que las dos ecuaciones resultan ser modos distintos de enunciación de lo mismo. Modos distintos de enunciación de lo mismo sostenidos por la lógica del poder que opera como sentido común en el campo del pensamiento.

En efecto: ¿Qué tiene que ver la revolución renacentista de los monjes escapados de los conventos medievales, de los juglares y trovadores que cantan a la vida en el ímpetu exaltado por destronar los cielos, qué tiene que ver aquello con la política que se establece cuando el orden burgués ha triunfado sobre los hombres? ¿Qué tiene que ver la revolución burguesa de los Marat, de los Robespier, de los Sade, de los Danton, que destronan los tronos de la tierra y derriban las murallas del mundo feudal europeo con la política que se establece cuando el capital industrial ha tomado presencia indiscutida en el interior de los estados y de las naciones modernas que comprimen la existencia de la sociedad por medio de la competencia y la guerra? ¿Qué tiene que ver la revolución rusa de los obreros de las barriadas de Orlov, de los campesinos de las comunas Mir, de los soldados de las trincheras levantados en armas en contra del régimen zarista con la política que se establece en el interior del régimen stalinista? ¿Qué tiene que ver la revolución de los campesinos de los Zapata, de los Pancho Villa, de las Adelitas con la política del régimen de los charros que se establece luego de que la energía de las masas ha sido confiscada?

Y si de mirar la realidad nuestra se trata (expresión fallida porque lo nuestro –nuestra realidad- no se agota en el interior de la parcela que la conciencia fetichista del poder oligárquico designa como nación, patria, estado), ¿qué tiene que ver la revolución de Alfaro de las guarichas y los montoneros con la política que se establece en el interior del estado liberal controlado por la oligarquía de los Plaza Gutiérrez, de los Aspiazu, de los Seminario? ¿Qué tiene que ver la revolución de los trabajadores de la llamada Gloriosa del 44 con la política que se establece después del 45 en el régimen de Velasco?

Se dirá que lo uno es consecuencia de lo otro.

Esta verdad indiscutida solo es tal a condición de que el entendimiento de la realidad sea puesto en un plano de pensamiento dominado por el tiempo judeocristiano, tiempo que se abre en el interior de un proceso continuo, infinito, carente de rupturas esenciales, plano del pensamiento que cobra cuerpo en la metáfora aquella de que dios escribe recto con líneas chuecas. ¿El pensamiento de la vida en su fluir incesante utiliza por acaso este plano teleológico-teológico para pensar la existencia de lo humano? ¿Es acaso la historia un relato continuo? ¿No será este pensamiento mismo el pensamiento del orden que en su omnipresencia somete a los hombres a la ley de la continuidad? ¿El sentido de continuidad no estará presente en el ser realista que compromete la existencia del ser con la realidad como dictadura de la que el hombre no puede escapar?

Desde el sesgo izquierdista de la ideología orgánica se dirá que el ser de la revolución existe en la política. Esta afirmación va por el lado de la expresión manida: ser realista. Expresión que lleva en su ser una contradicción. Ser realista equivale a mimetizarse con el poder. Reconocerlo. Afirmarlo. Ser realista en el campo de la revolución es una estupidez.

Desde el otro sesgo de la ideología orgánica se dirá que el ser de la política se abre paso por medio de la revolución. Desde este punto de vista todo se vuelve revolucionario. Es el modo como opera la dictadura de la realidad.

Lo uno es lo quimérico, que en su degradación se muestra obsceno. En efecto, no hay nada más obsceno que la presencia en el escenario de la vida del poder del poeta coronado.

Lo otro es lo cínico, que en su degradación se muestra como mentira. No hay nada más mentiroso que la revolución conducida por la mano del poder.

La intuición del riesgo que desmorona la revolución en la política se muestra de cuerpo entero en la película *Ilusión*. La narración se desarrolla en el contexto de la revolución búlgara fracasada. El destino del poeta, personaje central que no se sabe de dónde viene, aunque se intuye su origen pues hay referencias permanentes que insinúan que lo hace desde lo más profundo de la existencia social, ese espacio siempre clandestino donde moran los campesinos oprimidos y explotados, se hace patente en el acto consagradorio de su amigo pintor, compañero de andanzas, que termina cediendo a la presión del régimen establecido donde el fulgor de antaño queda ahogado para siempre en el resplandor ficticio del reconocimiento oficial. Es la historia de la revolución que se desmorona en la política. No es la historia de una traición, aunque algo hay de ello. Es la historia de una paradoja. Lo mismo podemos ver en la novela de Ya-Din: *Juegos de Fuegos y Agua*, que se desarrolla en el contexto de transición de la revolución al orden. Consecuencia de ello es la represión ocurrida en la plaza de Tien-A-men. Gago Gao, pintor también, expulsado de su patria y despreciado por París, que se resiste a aceptarlo, pregunta a su amigo Liang, coterráneo suyo y filósofo, mientras deambulan en la noche en la ciudad inhóspita: ¿Por qué los chinos somos tan feos? La respuesta es contundente: Lo feo viene de lo indefinido de la existencia en el mundo de las formas hechas. Indefinido en el sentido de aquello que no se ha dejado definir y que se presenta por lo mismo como una excrescencia. Lo feo es lo inasible, lo misterioso, aquello que no se ha dejado aprehender, integrar a la existencia normada. Es lo incomprendido, aquello para lo cual no existen las categorías suficientes en el campo del lenguaje y que transita por la vida como algo y no como alguien. (Como lo indio en el caso nuestro). Feo es aquello que no se deja leer porque es fugaz y esquivo, movedizo en el interior de una gramática que lo condena al oprobio. Todo eso es lo feo, resultado de la mirada política del orden en el interior de una estética particular.

En el contexto de la revolución posiblemente lo feo para el orden se muestre como bello. En efecto, bello es lo transitivo, lo cambiante, lo fluido, lo fugaz, lo que no se deja definir, aprehender, normar, aquello que no cancela el movimiento de la vida sino que lo abre.

Para América latina del siglo XX, América latina de los mil novecientos, reconocida en el famoso tango *Camballache*, el desmoronamiento de la revolución en la política podemos encontrarla retratada de cuerpo entero en la novela de Carlos Fuentes *La Muerte de Artemio Cruz*. Novela desgarradora debido a que se ubica en ese justo punto en el que la revolución se desmorona en la política. El personaje principal, Artemio Cruz, transita con su existencia del un campo hacia el otro. De teniente de las fustas libertarias, joven y enamorado, termina convertido en un asqueroso hombre de negocios, infame e indolente, sostenido por el aparato charro. Lo uno es la revolución. Lo otro es la política.

La intuición del riesgo del desmoronamiento de la revolución en la política atraviesa la tradición de la izquierda de épocas revolucionarias de la humanidad, riesgo de someter lo fluido de la existencia a lo sólido del poder. Lo fluido de las masas, lo fluido de los colectivos humanos, lo fluido de la historia. Lo fluido de la vida en suma que se muestra en el campo del lenguaje bajo la forma de palabras que fluyen en la resonancia de la voz. Haga usted la prueba, amigo lector, pronuncie la palabra proletario, en la medida de lo posible hágalo en ese espacio propio de la existencia relacionado con la intimidad, es decir fuera de los discursos oficiales y de la política, del mundo agobiante de la competencia que impone el mercado, de las tensiones propias de la vida cotidiana, y advertirá que detrás de ella late algo. Algo más que el mero juego del yunque y del martillo del oído como dispositivo del tímpano que atrapa el sonido, sino más bien algo como aquello que late en la palabra bien lograda del poeta que señala, más allá de la palabra, pero por intermedio de ella, el camino oculto de la vida que abandona el mundo de las sombras. No es lo mismo decir obrero, o trabajador asalariado, que siendo cercana a la realidad que designa (el hombre atrapado en los engranajes del capital), no vibran con la misma emoción de la anterior. Y no pueden vibrar con la misma emoción porque corresponden a otros lenguajes que no son de la vida vida, del hombre simple que va con su existencia por el mundo en busca de libertad, sino de la vida como economía, como sociología. Lenguajes de la vida fijada, normada, capturada. Lenguajes que no son de la revolución sino de la política. De allí su ausencia en el territorio del análisis que pone en movimiento la academia, de los discursos de las ciencias sociales, de los discursos del poder. De allí su existencia proscrita y silenciada. De allí su ubicación en un tiempo que no es el actual. En la palabra proletario late aquello que afirma o vuelve patente lo fluido de existencia, lo fluido de la vida, aquello que no se deja definir, atrapar, aprehender, aquello que busca el espacio de la sombra en la intimidad de la noche de la existencia, aquello que mirando la profunda cercanía del cielo estrellado es promesa de reconciliación entre los hombres. Aquello que va por el mundo del orden de ilegal y clandestino. Igual otras palabras: compañero, amigo, hermano, comunismo, que no son palabras petrificadas, solidificadas, sino fluidas, no solo en el sonido, sino también en la cadencia de la voz.

Hay algo de nocturnidad en los personajes de la revolución, algo que habita en los espacios profundos del ser más allá del orden como realidad sujetadora (arnés y bozal de la existencia), algo que está en los dominios de lo propiamente humano, que es pasión por

la vida y compasión con los demás. Pasión como vida que sigue el camino del deseo... Compasión, no en el sentido cristiano vulgar de reconocimiento de la debilidad del otro, sino como vivencia de la pasión con el otro.

En el recuerdo que la memoria colectiva hace del Che su humanidad no se encuentra a gusto en la imagen de cuando se desempeñaba como ministro de economía. Ni siquiera en la figura presente en la famosa reunión en Punta del Este, donde su conducta fue ejemplarmente provocadora al enrostrar la inhumanidad de los políticos que controlan el mundo. Su humanidad no está en el campo de las realizaciones logradas que abandonan el mundo de la vida para establecerse en el campo del orden. Los seis días del Génesis gritan en contra del séptimo que impone orden sobre lo creado bajo la mirada vigilante de Dios, que es poder y autoridad. La humanidad del Che se pone de manifiesto más bien en el relato de su vida errabunda, de su ser para el mundo, en la que el sentido de su existencia toma el camino del Quijote. Luego vendrán, como referentes de ese caminar: Pinar del Río, Santa Clara, Angola, Mozambique, Vietnam, América Latina, donde termina sus días. En el retrato de su cuerpo yacente en la escuelita de la Higuera la cámara ha captado el instante supremo donde lo esencial como verdad de la existencia se hace patente. Recostado sobre su cuerpo, su humanidad, en la que se eleva más allá de la muerte, compite en profundidad y cercanía con la humanidad del Cristo de Mantegna.

Y lo mismo se puede decir de otros revolucionarios que han transitado la historia: De Augusto Blanqui, personaje de la Sociedad de las Estaciones con la que se abre el ciclo de las revoluciones modernas... De Flora Tristán, personaje de los obreros ingleses insurrectos (peruana de nacimiento y feminista a quien corresponde la divisa aquella de: Proletarios del Mundo Uníos), hombres de carne y hueso del siglo XIX con quienes la revolución toma el camino de la utopía comunista... De Leon Trosky y de Lenin, personajes de las dos revoluciones rusas, de la de 1905 y de la de 1917. Revoluciones que terminan desmoronándose en la política bajo el régimen de Stalin... De Rosa Luxemburgo, personaje de los sindicatos y de las masas organizadas... De Vera Zassuslich, personaje central de las discusiones con Marx acerca de los contenidos y de las formas de la revolución moderna en los países no industrializados... Del propio Marx de El Capital y de los Manuscritos, personaje fundamental de la Sociedad de los Justos, de la Liga de los Comunistas, del Partido Comunista europeo... De Mao de la China, personaje de la Gran Marcha... De Fanon, médico jamaicano autor de *Los Condenados de la Tierra* llevado por los vientos de la vida allende los mares a encontrarse con los procesos de liberación del África y de la Revolución de la Negritud... De Zapata de los campesinos del sur..., de Pancho Villa de los campesinos de Sonora..., de Maceo de los negros cimarrones de Cuba..., de Allende de las comunas de las minas y las barriadas en Chile... En fin, presencias vivas de la revolución que con su existencia gritan en contra del séptimo día del mundo del capital.

Por lo demás, el riesgo del desmoronamiento de la revolución en la política ya fue advertido en su momento por un conjunto bastante amplio de intelectuales de izquierda,

muchos de los cuales, en el contexto de los procesos desatados por Stalin, fueron a morir en los campos de Siberia. Se atribuye la matanza al temperamento del dictador formado en el espíritu del llamado despotismo asiático. Pude ser ello así, no cabe la menor duda, la historia sabe elegir sus personajes a partir de lo que los individuos son en la vida real. Pero se trata más bien de florecencias humanas en el momento justo en el que la revolución empieza a ser desplazada hacia el campo de la política. El riesgo no proviene del temperamento de los personajes, como normalmente se interpreta desde el sentido común asentado en la hegemonía del individuo, esa religión moderna en la que se expresa el fetichismo del hombre aislado, sino de las propias contradicciones en la que se resuelve la vida de la sociedad. Lo fluido de la revolución ha de ser absorbido lamentablemente en lo sólido del poder. Es el momento trágico de la existencia de los hombres en el que la revolución cede el paso a la política.

La intuición de este hecho, propio del acontecer humano (la historia al fin y al cabo es dramática y paradójal), puso en la mente de León Trosky la idea de la revolución permanente. Idea genial en un tiempo de estancamiento de la historia que recupera lo fluido de la existencia como horizonte de vida del hombre y de la sociedad terminará ahogada en sangre. Una arqueología de la muerte de Trosky nos mostraría los momentos distintos del drama en el que la política devora a la revolución ni más ni menos como en el relato de Goya donde Saturno devora a su hijo.

De un modo igualmente dramático, aunque menos brutal, la dialéctica de la historia se hace presente en otros contextos donde el enfrentamiento sigue el camino de la lucha teórica: Lenin versus Kautsky, Rosa Luxemburgo versus Bernstein, Mariategui versus Haya de la Torre...

Para el mundo actual, mundo de la globalización y de la revolución cibernética, mundo de la sociedad del espectáculo, la caída del muro de Berlín se ha constituido en el hito referencial que separa la época de la revolución de la época de la política. Marca un momento de quiebre en relación al modo de ser de lo social. Lo social cerrado en sí mismo, omnisciente y omnipresente, y lo social abierto al mundo de la vida. Pero la cancelación de la revolución del siglo XX hay que ir a encontrarla más bien atrás en el tiempo, allá por la década de los treinta, cincuenta años antes, cuando la Tercera Internacional asumió como divisa suya la tesis del socialismo en un solo país. Con esa tesis (expresión pragmática del pensamiento positivo), la revolución ingresa en el camino de su degradación. Ya no expresa lo fluido de la vida de los hombres en el campo de la aventura de su existencia, sino el lado cosificado, normado, fijado, detenido de la sociedad. Lo que vino después no fue otra cosa que el estrepitoso desmoronamiento de los residuos que aún quedaban de aquella época de la acción de las masas organizadas. Residuos petrificados, solidificados, como los restos del propio muro después de ser abatido. Residuos enquistados en el interior de las burocracias de los estados socialistas.

La época actual de la humanidad, época de realismos y no de deseos, tiene su partida de nacimiento por esos años. La verdad contenida en la leyenda de la caída del muro de Berlín, porque leyenda ha pasado a ser con toda su brutal fuerza avasalladora, más allá de señalar el momento de inflexión de la historia moderna, es argumento de legitimación del mundo de la política, y no de la revolución, como modo natural de la existencia de los hombres. Argumento que positivó la acción de las personas, de las masas, de los sindicatos, de los partidos de izquierda. Argumento que los volvió realistas. Lo peor de todo ello es que positivó también el pensamiento.

2.- La degradación de la política.

Vivimos sin lugar a dudas la degradación de la política. La política, a diferencia de la revolución que es un hecho natural en el plano de lo humano, forma como la vida de la sociedad se abre paso más allá del orden dado, es una construcción histórico-social. Una de las tantas que han existido a lo largo de la historia. Se funda (la política quiero decir) en un mito que da lugar al surgimiento de la modernidad: la idea de que la sociedad en tanto que comunidad de destino descansa en la razón. Razón que encuentra su expresión lograda en el derecho. En la sustentación de la política, es decir en la reproducción del orden social que sostiene la modernidad, razón y derecho van por el mundo de la existencia de la vida de los hombres tomados de la mano. La razón se despliega hacia el estado como razón política, que es razón pragmática y dominio en el interior del mundo burgués: razón pragmática del capital. La razón se despliega hacia el individuo como derecho, que es servidumbre ante el mundo de las abstracciones en las que se resuelve el poder.

En ese ir tomados de la mano por los caminos de la existencia social razón y derecho se sostienen mutuamente en el interior de un mismo relato en el que se presentan como sujeto y predicado. Relato del poder que encubre el mundo de la dominación. De ese relato surge el individuo, solo y aislado, carente de sostén, perdido en el interior de la multitud amorfa, necesitado de auxilio y de protección, menesteroso e íngrimo. Y surge también el que le ha de sostener, el que le ha de proteger, el que le ha de sacar del mundo de la insignificancia. Surge el estado como el Gran Otro. La política es así la realidad de la existencia en la que el individuo se encuentra con el estado. La política es estado más derecho, capital más contrato social. Ese el ser de la política: construcción histórico-social de la modernidad capitalista.

Toda construcción histórico-social está sujeta a la erosión ineludible que impone el tiempo, a su degradación, a su decadencia, a su declinación irremediable. La época actual de la humanidad, época de la globalización, de la revolución cibernética, de la sociedad post industrial, del pensamiento post moderno, corresponde a ese momento de deca-